



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



12 de julio de 1890



Núm. 141



➤ Los niños de la Gran Bretaña ◀



EL ÁRBOL DE NAVIDAD

UN RATO DE CHARLA

MEO que las buenas ideas van haciendo poquito á poco su camino y que el método *intelectualista* está amenazado de muerte para un plazo no lejano.

Ejemplos:

En Lima, sin duda á consecuencia de la paliza que llevaron de los chilenos, que son *los alemanes* de aquellos patriotas, hay organizados varios batallones escolares; cosa que no apruebo, y con menos motivo en España. Pero en fin, no es esa la cuestión: hay, decía, unos batallones escolares y, sabedor el Gobierno de que en los colegios se hacía aprender de memoria un *Catecismo de instrucción militar*, ha prohibido terminantemente dicho libro, diciendo que la instrucción debía adquirirse sobre el terreno y no con libros.

Otro: en un congreso agrícola celebrado recientemente en Peyrehorade (Francia), al cual asistieron gran número de propietarios, alcaldes, maestros, etc., se acordó expulsar ignominiosamente de las aulas los *Tratados* de agricultura, diciendo que eso debía aprenderse en el campo, con los ojos y las manos, y no sobre el papel.

Más aún: en un discurso pronunciado en la *Sociedad Real de Microscopia* de Londres por su presidente Mr. Hudson sobre las *Dificultades de la historia natural*, ha expresado aquel distinguido sabio su convicción de que no se aprende nada en los libros y que sabe más zoología el muchachuelo que se pasa las horas vagando por montes, valles y praderas que el más sobresaliente alumno. El uno aprende la zoología como su lengua materna, en el seno mismo de la naturaleza, mientras que el otro sólo sabrá nombres. ¿Siguiese de aquí que no deba el alumno poseer ningún texto de historia natural? No por cierto; pero ese texto debiera ser muy especial, muy distinto de lo que suelen ser los de su clase: «La obra que yo preconizo,—dice Mr. Hudson,—daría muy pocas clasificaciones, evitaría el empleo de términos técnicos, y sobre todo estaría escrita con el deseo de interesar hasta tal punto al lector, de hacerle penetrar tan bien en el asunto, que éste, dando de mano al libro, iría inmediatamente á estudiar los animales mismos. De esta suerte obtendríamos ese ejército de observadores inteligentes que es tan necesario á la ciencia, y además, reduciendo á lo esencial la histo-

ria de cada grupo, permitiríamos al estudiante adquirir suficientes conocimientos sobre asuntos diversos y ensanchar así el círculo de sus ideas.»

En otro orden de conocimientos, es digna de atención también la nueva manera de enseñar el latín que se emplea en la *Escuela Monge* de París. Todo se hace en clase, sin que el alumno tenga, al salir de allí, que aprender la lección ó hacer la traducción. El cate-drático recita una oración varias veces y luego se la hace repetir, analizar y traducir á cada alumno, del primero al último. De esta manera toda la clase trabaja y está en atención, desterrándose aquel fatal sistema de los *apuntes*, enemigo mortal del raciocinio, de la atención y de la iniciativa individual.

Hora es ya de acabar con la *herrumbre escolástica* de nuestros métodos y de entender que los buenos estudiantes no son los *aplicaditos*, sino los que piensan y reflexionan por su cuenta. Yo comprendo que un estudiante de matemáticas no tenga más remedio que *empollar* ó, como dicen los *bachots* franceses, *potasser* la lección; pero no sucede lo mismo en las ciencias físicas y naturales. Sería más provechoso un paseo por el campo que una explicación de hora y media sobre la familia de los *Plenicornios*, y se sacaría más sustancia con llegarse hasta la Pajarera del Parque que de una conferencia sobre las Rapaces. Y lo mismo puede decirse de la Química, de la Física, de la Geografía, de la Astronomía física, etc.

El porvenir pertenecerá á quienes *sepan* más cosas, y no es lo mismo saber una cosa que tenerla aprendida de memoria.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





DESDE LA TORRE

(MURCIA)

LA *Torre!* ¡Qué serie de gratos recuerdos y de dulcísimas memorias, aferradas á nuestra alma aun más fuertemente que la hiedra al tronco, evoca en nuestro espíritu esa mágica palabra, pronunciada por labios murcianos y en país bien distante del hermoso, riente y privilegiado país nuestro! No es tan sólo aquel coloso de piedra, maravilla del arte arquitectónico, lo que al misterioso conjuro de esa palabra *¡la Torre!* vemos en aquel instante con los ojos de la fantasía. Es Murcia, nuestra adorada Murcia, con sus espléndidos verjeles, con sus jardines paradisíacos, con su cielo azul y trasparente como las aguas de los lagos suizos, con su sol abrasador, que no temería competencia de ninguna especie si Dios no hubiera colocado para recreo y á veces para tormento de nuestro espíritu, en los rostros divinos de las murcianas, ojos tan ardientes y tan africanos.

¡*La Torre!* ¡Con qué intensa pena y con qué honda melancolía la vemos desaparecer á nuestra vista y perderse entre las brumas del horizonte y las vaguedades del paisaje cuando, en alas del monstruo que camina arrojando bocanadas de humo y fuego por las incandescentes fauces, nos alejamos por momentos de nuestra ciudad querida! En cambio ¡con qué grata satisfacción y con qué íntimo regocijo la contemplamos desde las ventanillas de los coches del tren, á nuestro regreso, cuando la audaz locomotora empieza á hollar con su férrea planta la alfombra de flores de nuestra huerta, y el aire penetra ya en nuestros pulmones saturado de sus aromas, de sus ambrosías y de sus perfumes!

*
*
*

¡Qué cuadro tan fascinador, qué espectáculo tan sublime el que de consuno ofrecen la ciudad y su huerta, contempladas, en uno de esos días serenos y esplendorosos que tan frecuentes son en nuestra tierra, desde los balcones de hierro del campanario de nuestra Torre, ó desde las ventanas de piedra de su altiva cúpula!

Un sol candente baña con su luz los edificios todos de la ciudad, por encima de cuyos terrados tiende la Torre su sombra protectora y gigantesca, cuyo extremo va á perderse allá en la huerta y entre el espeso ramaje de los árboles que la pueblan. El azul intenso y trasparente de los cielos sólo lo ocultan de vez en cuando ligeras nubecillas que por lo blanquecinas y lo flotantes parecen gasas suspendidas en el espacio. El río, que reflejando en su tersa superficie el disco solar se asemeja á una gran plancha de bruñido acero, sólo ve turbada su tranquila corriente por los espumarajos que arrojan por sus

bocas los molinos y por la caída de sus aguas por los azudes; caída ¡ay! que recuerda á nuestro atribulado espíritu las rientes ilusiones y los dorados ensueños que ha visto precipitarse en el negro azul del desengaño.

Pero ¡ah que la vida es una continua renovación y un incesante cambio, y



Un trineo en Escocia

quién sabe si á las ilusiones marchitas sucederán en nuestro pecho otras que logremos ver trocadas mañana mismo en dichosísima realidad! Mirad, si no, cuán hermosa se ostenta en este instante la huerta ante nuestros ojos. Ayer era triste erial, desierto páramo, y hoy es ya verjel espléndido. Ya el pino y la morera se cubren de hojas y hunden sus troncos robustos y exuberantes en la verde alfombra del suelo. Agitadas á impulso del aura, las espigas de oro de los trigos parecen las olas de un mar. Soberbia y altiva se eleva en el espacio la gentil palmera, sin doblarse ni un solo instante al peso abrumador de sus racimos. Levantando sus puntas hacia los cielos, los cipreses parecen dedos de la naturaleza que señalan hacia arriba, como indicando que allí reside el soberano Autor de tanta magnificencia y esplendor tanta. Los caminos empiezan de nuevo á parecer dilatadas procesiones de álamos. Contéplase más allá el campo, cuyo sombrío panorama contrasta de modo notable con el encantador aspecto de la vega, y aun más allá, como telones de piedra que cierran decoración tan magnífica, se alzan soberbios y titáni-

cos los montes, á cuyas crestas y picachos comunican un matiz vinoso los primeros resplandores del crepúsculo.

Un punto blanco se distingue allá á lo lejos y en la falda de un monte. Es el ermitorio de la Fuensanta, que parece una blanca paloma agitando sus alas, bajo las cuales se cobijan tantos corazones de creyentes. Mirad en el lado opuesto aquella inmensa mole que se asemeja á un coloso de piedra. Es el castillo histórico de Monteagudo, teatro un día de épicas hazañas y fragorosas lides, cuyo rumor aun parece que lo lleva el viento en sus alas.

*
* *

Ya han trascurrido no pocos instantes desde que el sol hundi6 su disco inmenso de oro en el ocaso. La noche empieza á extender sobre los hombros robustos de la ciudad su manto de sombras. Ya el humo no sale por las chimeneas de las fábricas como el aliento pesado y fatigoso de las máquinas de vapor. Los paseos aparecen desiertos y solitarios. Empiezan á borrarse de nuestra vista las cruces que coronan las cúpulas de las iglesias, y las rejas espesas de los conventos á través de cuyos muros almas vírgenes de toda terrenal impureza elevan hasta el trono del Omnipotente el bendito incienso de sus oraciones y sus plegarias. Miramos hacia abajo, y apenas conseguimos distinguir los hilos telegráficos, cuerdas del prodigioso laúd, del arpa gigantesca en que el siglo XIX canta las excelencias del progreso. Y nosotros empezamos á bajar lentamente las cuestas de la Torre en el momento mismo en que empiezan á arder en las calles las luces de gas de los faroles y en que, prestando claro fulgor con sus reflejos de plata al manto azul oscuro de la noche, aparecen en el horizonte las estrellas, esos faroles del cielo.

F. BAUTISTA MONSERRAT



¡MILLONARIO!

I

Por las calles de la villa,
vagabundo, pordiosero,
iba cubierto de harapos
un infeliz pequeñuelo.

De la caridad pasaba,
y, al transeunte pidiendo,
llegó á reunir, un día
que fué á la fiesta de un pueblo,
cuatro pesetas y media
poco más ó poco menos.

Exaltado por la dicha
de verse tanto dinero,
á la ciudad regresó
de este modo discurrendo:
—Mi madre, antes de morir,
dijo, si mal no recuerdo,
que con un duro podía
tener un grande comercio
de fósforos y periódicos,
de la lotería décimos,
papel de fumar, y cosas
que dan ganancia en exceso.
Hoy, pues, que tengo ese duro
voy á seguir su consejo.—

Y de este modo pensando,
imaginóse el chicuelo
que tal vez sería en breve
propietario ó poco menos.
Mas, no teniendo en el mundo
quien le diera un buen consejo,
en lugar de dedicarse
á ventas de poco precio,
compró de la lotería
con tres pesetas un décimo.
—Despachándolo,—se dijo,—
me ganaré quince céntimos,
amén de que generoso
se me muestre el caballero
y me dé mayor propina...
¡Señores, el mil quinientos!...—

Y por las calles vagaba
pregonando á voz en cuello
el número que vendía
y la fecha del sorteo.

La desgracia no respeta
ni al pobre ni al opulento,

y el desdichado chiquillo
vió llegar, muerto de miedo,
el día en que sorteado
había de ser su décimo,
sin lograr, por más que hacía,
la fortuna de venderlo.
¡Pobre niño! Entre sollozos,
con voz que oír daba duelos,
insistía sin cesar:
—¡Tómelo V., caballero,
que mañana se sortea!...
¡Es la suerte!... ¡El mil quinientos!...—

II

Vagó por calles y plazas,
café, bailes, coliseos...

¡Todo inútil! ¡Todo inútil!
¡Perdido vió su dinero!
¡Volvería á ser mendigo
como lo fué en otro tiempo!

Cansado, llorando á mares,
desesperado en extremo,
un ataque sufrió el pobre
que le dejó casi yerto.

Sin sentido, en una acera
dos guardias le recogieron,
y al hospital le llevaron
con sus harapos envuelto.

En uno de los bolsillos
el juez encontróse el décimo,
y poco antes de morir
el infeliz pordiosero
supo que era millonario,
pues le salió el primer premio.

Sonrió el niño, de afanes
dirigió su vista al cielo,
y estas frases dijo al fin
por vía de testamento:

—Para misas por mi madre
y para que compren décimos
á los que cual yo se encuentren
la víspera de un sorteo.—

¡Y besando una estampita
con inocente embeleso,
el alma del millonario
voló para siempre al cielo!

LUIS DE VAL



VARIEDADES

SATURNO, el más lejano de los planetas, emplea 29 años, 5 meses y 17 días en dar su vuelta alrededor del sol; Júpiter, 11 años, 10 meses y 14 días; Marte, 1 año, 10 meses y 21 días; la Tierra, 1 año; Venus, 7 meses y 14 días; Mercurio, 2 meses y 27 días.

El emperador Tito decía:—Si alguno habla mal de mí, es preciso guardarse de castigarle: si ha hablado por ligereza, es necesario despreciarle; si por locura, merece compasión; si es injuria, debe perdonársele.

La naturaleza nos ha dado dos orejas y una boca sola á fin de que oigamos mucho y hablemos poco.

Los que gobiernan son como los cuerpos celestes, que tienen mucho brillo y no tienen reposo alguno.

Entre los hombres comunes se aumenta el número de amigos con la fortuna: entre los literatos no se conoce el grado de estimación de que uno es digno sino por el número de enemigos.

El hombre de bien olvida fácilmente el mal, pero se acuerda siempre de los beneficios.

El espíritu de urbanidad consiste en hacer, con nuestras palabras y modales, que los otros queden contentos de nosotros y de sí mismos.

El sabio piensa, antes de hablar, en lo que va á decir: el necio, después de hablar, piensa en lo que ha dicho.

Un aldeano cortaba un árbol á orilla de un río, y por desgracia cayó su hacha al agua y no pudo hallarla. Apareciósele entonces Mercurio, y mostrándole una hacha de oro,

—Buen hombre,—le dijo;—¿es esta el hacha que acabas de perder?

—No: esta hacha no es la mía,—contestó el labriego.

—¿Es acaso esta?—le dijo mostrándole otra de plata.

—Tampoco es esta la que busco.

—Luego será esta,—observó presentándole una de hierro, que era en realidad la que había perdido.

—Esta es,—contestó el aldeano recobrando el perdido a pero en tanto Mercurio le ofrecía las de oro y plata como premio á su probidad.

La probidad es, pues, la mejor virtud y la de más seguros y positivos resultados.



La «sortija» ó carrera de manzanas

No son los títulos sino las costumbres las que deciden del mérito del individuo. Estas dependen de nosotros: aquéllos dependen de la casualidad.

Mirad como un amigo seguro al hombre sincero que os advierte de vuestras faltas: no á aquel que aprueba cuanto decís y hacéis.

Homero es reputado por parte de la epopeya; Esquilo, de la tragedia; Esopo, del apólogo; Píndaro, de la poesía lírica; y Teócrito, de la poesía pastoral.

La grandeza y las riquezas son cosas caducas y comunes á los buenos y á los malos: la gloria y la virtud son cosas sólidas, seguras y durables.

El héroe triunfa de los enemigos: el hombre grande, de los enemigos y de sí mismo.

La virtud es preferible á las riquezas, la amistad al dinero y la utilidad á los placeres.

La educación es para el espíritu lo que la limpieza para el cuerpo.

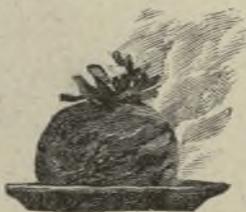
Con la prodigalidad se es generoso durante algún tiempo: con prudente economía puede serse generoso toda la vida.

Los hombres no son constantes en el amor ni en el odio: únicamente son constantes en la inconstancia.

Querer que un necio no sea presumido, es querer que un necio no sea necio.

¿Queréis desviar de vosotros un molesto cuya compañía os incomode? Pedidle un favor que pueda haceros.

BENJAMÍN



LOS NIÑOS DE LA GRAN BRETAÑA

(Conclusión)

Hay ciertos aniversarios que los niños observan en Inglaterra más estrictamente que los adultos. Uno de ellos es el 5 de noviembre, fecha de la llamada conspiración de la pólvora. En dicho día, como saben muy bien todos los ingleses, Guido Fawkes y sus asociados intentaron volar el palacio del rey y el del Parlamento; pero alguien delató á los criminales, y dejóse madurar el plan hasta el día 4, en que se sorprendió á Guido Fawkes en el mismo sótano del palacio cuando se ocupaba en preparar la mecha.

En otro tiempo celebrábase el oficio divino en todas las iglesias como acción de gracias por haber librado al país de la catástrofe proyectada; pero lo único que se hace ahora es disparar cohetes y fuegos artificiales, con gran contento de la gente menuda.

En Lewes, Eastbourne y otras ciudades, el 5 de noviembre se celebra por una procesión á la cual asiste mucha concurrencia.

Son muy variados los juegos acostumbrados en el país, sobre todo en Escocia é Irlanda; y también se suelen practicar ciertas ceremonias, como por ejemplo una que consiste en derretir plomo para predecir el futuro, según las formas ó particularidades que aquél presenta. Uno de los juegos más comunes consiste en echar manzanas en una artesa de agua y cogerlas con los dientes y los labios. Esto no es tan fácil como se pudiera creer. Los chicos introducen la cabeza en el agua hasta que les falta la respiración, y provocan la risa de todos cuantos les observan. Una vez cogida la manzana, esto se considera ya como un buen augurio. Después se corta la fruta, y de las pepitas dedúcese misteriosas profecías.

En cuanto á lo del plomo, cuando se derrite se echa en el agua. Allí toma diversas formas, y, según éstas, predícese el futuro. Inútil es añadir que todo esto son niñadas, por más que alguna vez se confirme lo que las pruebas



En invierno

indican. Recordamos un juego que consiste en colocar tres tazas sobre una mesa. En una de ellas se pone un anillo, en otra agua, y en la tercera dinero. Después se venda los ojos á la persona que ha de hacer el juego, y se la encamina hacia la mesa. El anillo significa matrimonio; el dinero, riquezas; y

el agua, miseria ó lágrimas. Un caballero que yo conozco dió dos veces con la taza del anillo, y otra con la del dinero; y la casualidad quiso que más tarde se casara y obtuviera una buena situación. Una señora, por el contrario, tocó dos veces la taza de agua, y al cabo de algún tiempo sufrió muchos disgustos y aficciones que acibararon su existencia.

El juego de la manzana y la vela es muy divertido. Se colocan dos palos diagonalmente, suspendiéndolos del techo. Su longitud es de un pie poco más ó menos, y en las extremidades se colocan alternados dos pedazos de manzana

y dos cabos de vela encendidos. Hecho esto, se hacen girar los palos, y la habilidad consiste en coger la manzana; pero, con mucha frecuencia, el muchacho se introduce involuntariamente el cabo de vela en la boca.

Pasemos ahora á la fiesta de Navidad, que es la más celebrada del año y la que con más afán se espera. En tal día es costumbre hacer regalos á los niños, mientras que en otros países se practica esto el día de Reyes. Todos los que se han portado bien deben esperar su recompensa, y apresúranse á poner sus zapatos ó calcetines en el balcón, confiados en que á la mañana siguiente encontrarán los regalos.



• Guy Fawkes •

Se hace creer á los niños que San Nicolás, su patrón, es quien les lleva lo que han de recibir.

¡Qué feliz es la Pascua de Navidad para todos los muchachos y las niñas! Las iglesias se engalanan con todo lo mejor, las familias se reúnen, las felicitaciones menudean, y, mientras todo está cubierto de nieve por fuera, en el interior de las casas se dan alegres comidas y hay mucho jolgorio y diversión. Sobre el hielo se corren patines, y organizanse excursiones en trineo (véase el grabado), en las cuales suele haber un nutrido tiroteo, siendo, los proyectiles, grandes bolas de nieve.

Nunca se atracan tanto los chicos ni comen mejor que en los días de Navidad. Los capones, los pavos, las ricas pastas y los pasteles son cosas obligadas, y no se temen las indigestiones para el día siguiente. La cuestión es dar gusto á la boca cuanto se pueda.

En Escocia é Irlanda, muchas de las diversiones en tales días son iguales ó análogas, pero en ciertas cosas hay variación, como debía esperarse de la

casta céltica. En Irlanda se organizan cacerías, el día de San Esteban, contra el ave llamada el reyezuelo. Los chicos van á los campos, cada cual con un bastón, y procuran matar cuantas avecillas de esa especie no tienen la cautela de ponerse en salvo bastante á tiempo. El reyezuelo es el rey de las aves, según la leyenda, porque cuando el águila se elevó á las más altas regiones del aire, aquella avecilla, que se había posado sobre su lomo, reclamó la soberanía por haberse elevado mucho más cuando el águila comenzó á descender. La tribu alada declaró al reyezuelo soberano de los aires, pero algunos chicos perversos quieren matarle para castigar su vanidad.

Ya hemos hablado de los juegos de la niñez en la Gran Bretaña, y en nuestro grabado se representan algunos de ellos. A la izquierda se ven algunos niños jugando á la gallina ciega, entretenimiento bien conocido en otros países. El *Golfo* se juega con una pelota pequeña y varios palos, consistiendo la habilidad en introducir uno de éstos en los agujeros que aquélla tiene. El juego de la pelota con el pie no necesita descripción:

en nuestro grabado se representa un grupo de chicos que se oprimen entre sí, afanoso cada cual por ser el primero en tocarla. La pesca y el volante son pasatiempos comunes, así como el columpio. En Escocia el juego del golfo también sustituye al del cricket.

En la estación de invierno los escaparates de las tiendas ofrecen mucho atractivo para las niñas; pero los chicos prefieren ir al prado ó á los caminos cuando están cubiertos de nieve, y formar dos bandos que empuñan la bata-



POR NAVIDAD: Dentro y fuera

lla arrojándose mutuamente bolas de nieve. Esto es para ellos una diversión favorita á la vez que higiénica, porque sudan en vez de tener frío, y la sangre circula mejor. Algunos muchachos organizan cacerías, y con frecuencia levantan alguna liebre ó conejo á la cual persiguen con afán, consiguiendo en algunos casos dar muerte al animal.

Varios chicos son tan ingeniosos que forman muy bien con la nieve una especie de parapetos ó fortificaciones en que se atrincheran, y desde allí desafían á otros que se esfuerzan para tomar la posición desalojando al enemigo. Inútil parece decir que sitiados y sitiadores salen de la refriega cubiertos de nieve, y á veces con alguna contusión.

Se me olvidaba decir que en algunos pueblos se forma lo que llaman *el árbol de Navidad*, destinado exclusivamente para los niños. Se va al bosque para buscar uno á propósito, y colócase en medio de la sala, sujetándolo bien con cuerdas, y entre el ramaje colócanse los más diversos juguetes. Muchos de éstos representan todos los animales que han existido ó pueden existir desde los tiempos de Noé; y otros consisten en tambores é instrumentos musicales, como pitos, flautas de caña, trompetas, silbatos, etc. Para los niños, el árbol de Navidad es una gran cosa, no solamente por los regalos que se distribuyen, sino también por la animación y los variados incidentes á que da lugar.

Desde la Gran Bretaña pasaremos ahora á recorrer otros países para ver algunos niños extraños, á los cuales debemos una visita.

EL BAÑO DE BENITO

Benito había viajado con sus padres, que debieron cruzar una vez el Océano Atlántico, y se aficionó tanto á los baños de mar, que, de vuelta á casa, apenas llegaba la estación calurosa, quería que le llevasen al mar. Como sus padres no estaban en disposición de acceder á todos sus caprichos, comprósele una tina y envióse á buscar agua al puerto para que Benito se pudiera bañar á su gusto.





LORENZO EL PEREZOSO

(Conclusión)

—¡Oh, qué hermoso es!— exclamó Juan en el colmo del contento.

—Podrás guardarlo, muchacho,—dijo la señora,—porque es para ti.

Pronto se reunieron los habitantes del lugar cerca de la cabaña de la señora Preston: todos querían enterarse de lo que pasaba y saber de la boca misma del héroe cómo había podido granjearse la generosidad de aquella dama.

Los ladrones fueron detenidos. El colono y el criado se llevaron á ambos. Juan reconoció al punto la chaqueta encarnada que llevaba el mozo de cuadra, y, fijándose en su cómplice, se dijo:—Es él, debe ser él, ese desgraciado Lorenzo.

En aquel momento levantóse gran vocerío: un hombre medio borracho gritaba que quería ver á los ladrones, que tenía derecho á verlos y que nadie podría impedirselo. Forzó todas las resistencias, acercóse á los malhechores, y levantando el sombrero que uno de ellos se había encasquetado hasta los ojos para no ser reconocido,

—¡Lorenzo!—exclamó el desgraciado padre. Y se desmayó, rendido por el dolor.

Lorenzo se echó de rodillas á los pies de su padre, imploró su perdón y confesó todas las circunstancias del crimen.

—¡Tan joven y tan malo! ¿Quién ha podido pervertiros hasta ese punto?

—Las malas compañías,—respondió Lorenzo.

—¿Dónde y cómo habéis conocido esas malas compañías?

—No sé.

Durante este tiempo el colono registró los bolsillos de Lorenzo y retiró de ellos el dinero robado á Juan. Los niños que se hallaban presentes no sabían qué pensar de su antiguo camarada. Los padres se frotaban las manos diciendo:—Nuestros hijos no hubieran hecho eso nunca.—Y algunos recordaban que muchas veces les habían advertido que la ociosidad conduce á todos los vicios.

En cuanto al mozo de cuadra, que conservó aún en presencia de las confe-

siones de Juan su descaro insolente, no había nadie que no deseara verle dar con sus huesos en la cárcel. Las acusaciones de la lechera suscitaron contra él la indignación general.

—Hay que llevarlo á la cárcel de Bristol,—dijo el colono.

—¡Oh!—dijo Juan, cogiendo las manos de Lorenzo.—Dejadle libré, dejadle ir: os lo ruego.

—Y yo también,—repuso la viuda Preston.—¡Pensad en el deshonor que va á caer sobre su familia!

El padre de Lorenzo, presa de las más crueles angustias, exclamaba:

—¡La culpa es mía! ¡La culpa es mía! Yo le he criado en la ociosidad.

—Dejadme que le lleve á la cárcel,—dijo Truck.—Es demasiado joven para que le condenen severamente, y vale más para él que vaya ahora á pasar algunos días en la cárcel de Bredewell que no acabar de pervertirse ó ir de aquí á cinco años á presidio.

No dijeron más, y todos aprobaron la idea del colono.

Lorenzo estuvo encarcelado durante un mes en Bredewell, y su cómplice enviado á Botany-Bay (Australia).

Durante su encarcelamiento Lorenzo recibió frecuentes visitas de Juan, cuyo excelente carácter se revelaba así en plena luz. Lorenzo quedó enternecido por la bondad del que había desbalijado, y cuando salió de la cárcel se puso á trabajar. Pronto, con gran sorpresa de cuantos le conocían, se hizo notar por su aptitud y su actividad: veíasele ocupado siempre, y, cambiando su carácter bajo la benéfica influencia del buen ejemplo, perdió para siempre el apodo de *Lorenzo el perezoso*.



El baño de Benito

FIN

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA